

SÉ QUE VIENEN A MATARME: EL MAL USO DE LA HISTORIA*

Enrique Ayala Mora
Universidad Andina Simón Bolívar

La exhibición en la prestigiosa televisora Ecuavisa del programa *Sé que vienen a matarme* provocó debate sobre la personalidad y acción de Gabriel García Moreno, sin duda la figura más polémica de nuestra Historia Nacional. Ojalá ese debate hubiera sido más de fondo, porque con ello hubiéramos podido conocer mejor nuestro pasado y quizá profundizar en el estudio de nuestra identidad, que en nuestros días es uno de los temas de mayor actualidad. Pero el resultado de ese programa fue francamente negativo, porque no logró levantar una discusión seria sobre el tema, sino que, más bien, dejó una imagen empobrecida y deformada de nuestro pasado y de uno de sus principales protagonistas.

Fui invitado varias veces a la televisión para expresar, como historiador, mi punto de vista al respecto; pero preferí declinar esas invitaciones y más bien opté por enviar al presidente de ese medio de comunicación una larga carta que contenía mis puntos de vista sobre este asunto. Procedí de esa manera porque me pareció que, en vez de participar en una polémica estéril, quizá podía aportar para que se rectificaran enfoques en el futuro. Al cabo de varios meses del hecho he aceptado la opinión de mis colegas de *Procesos: revista ecuatoriana de historia* y he dado a imprenta mis apreciaciones como un aporte crítico sobre un hecho mediático que ha tenido gran influencia en la visión que se ha gestado en la opinión pública nacional sobre un viejo debate que, en muchos sentidos, tiene gran actualidad.

El programa fue preparado teniendo como base la novela del mismo nombre de la prestigiosa escritora Alicia Yáñez Cossio, una destacada figura de nuestra literatura, que ha producido varias obras meritorias y que se ha ganado el aprecio y respeto nacional. Aunque expresar mi opinión sobre

* La versión original de este comentario fue escrita en agosto de 2007. Se publica por pedido expreso del Comité editorial de *Procesos: revista ecuatoriana de historia*.

una obra suya podría resultar incómodo, debido a mi acostumbrada claridad y frontalidad, quiero comenzar estableciendo que estas líneas no tienen intención de hacer crítica literaria, menos dar un dictamen sobre el gran aporte de una persona mayor y respetable. Pero me parece que el impacto negativo para el país de la mencionada película es francamente grande. Por ello me sentí en la obligación de presentar mis puntos de vista. Ahora recojo algunos de ellos expresados en mi carta a Ecuavisa, que espero puedan aportar a futuras producciones de carácter histórico.

Al contrario de otras obras suyas que se han considerado unánimemente como de gran calidad, la novela *Sé que vienen a matarme* de Alicia Yáñez fue objeto de serios reparos críticos desde que fue publicada. Como pieza literaria es más bien plana, con una trama farragosa y caracterizaciones simplistas. Esta apreciación, que no es solo mía como lector asiduo de nuestra literatura, la comparten todos los expertos a quienes he oído expresar su criterio al respecto. Como novela histórica es francamente débil. No logra, ni de lejos, presentar el ambiente de la época, sus actores y conflictos. Tampoco ofrece una caracterización adecuada del personaje principal. Es un texto que nada tiene que ver con lo que los principales críticos consideran una aceptable novela histórica. Pero, lo que es peor, como crónica de un momento histórico, que es lo que a ratos parece que pretende ser, es más allá de deplorable. La obra falsea groseramente los hechos, cambia los datos, confunde a los personajes y las circunstancias. En general, proyecta una figura de García Moreno ramplona y reducida, reñida con nuestra historia y con la verdad.

Como ya me había formado una idea de la novela luego de haberla leído atentamente dos veces, supuse que una película hecha con esa base debía tener serios problemas en su enfoque. Pero no me imaginé hasta qué punto podía llegar a ser todo lo funesta que resultó. Luego de haber visto con gran atención el estreno me pareció que el programa *Sé que vienen a matarme* es todavía más deficiente que la obra en que se basa. Pero, al contrario que ésta, logró gran impacto en la imagen que la opinión pública tiene de nuestro pasado.

Desde luego que no hablo de la calidad técnica de producción, en que Ecuavisa tiene un nivel reconocido, y yo no poseo la preparación para opinar, aunque creo que puedo apreciarlo. Me refiero a que la película, que nadie vio como la adaptación de una obra de ficción, sino como una dramatización de nuestra historia y de la vida de uno de sus destacados personajes, dejó una visión falsa, profundamente deformada de Gabriel García Moreno, de su obra como gobernante y de los tiempos en que le tocó vivir.

De cuatro personas que vieron el programa conmigo y de diez con quienes comenté luego, todas tuvieron la misma impresión, corroborada luego

por otras numerosas opiniones. La obra deja la imagen de un García Moreno psicópata obsesionado con asesinar y torturar, que ejerció el poder fundamentalmente para cumplir sus venganzas personales. No se aprecia ni de lejos su personalidad compleja, sus profundas obsesiones y logros, ni las dimensiones de su obra. Aunque hay citas de cartas de Montalvo que lo aprecian como un genio aunque maligno, a lo largo de toda la cinta, en su acción, el personaje es un perturbado mental que se ocupa de pequeñeces y actúa como un energúmeno lunático.

Como historiador profesional he estudiado detenidamente a García Moreno, que es uno de los grandes personajes de nuestra historia; un hombre con una visión de Estado notable, con un proyecto nacional claro, con la obra pública quizá mayor de nuestra historia. Fue, sin duda, un tirano, un gran represor. Impuso el terror en el país. Pero sería francamente lamentable que se lo caricaturizara como un carnicero vengativo. Eso se hacía de modo muy superficial en medio del enfrentamiento liberal-conservador, felizmente ya superado hace años. Como militante socialista veo a García Moreno en las antípodas de mi postura ideológica. Pero no por ello dejo de reconocer su compleja personalidad y enorme acción pública. Así lo hacen ahora profesionales de todas las tendencias que lo estudian.

Por otra parte, como lo saben no solo los historiadores sino también los buenos directores de cine, no se puede hacer una semblanza o biografía de un personaje sin que al mismo tiempo se establezca su dimensión social; sin que se lo vea como producto y conductor de la sociedad toda. El hombre no actúa solo, colgado del aire. Responde siempre a una motivación colectiva. Dicho de otra manera, expresa en su acción los intereses de grupos sociales definidos. En su tiempo, García Moreno fue producto de una alianza represiva de las oligarquías que demandaban una consolidación del Estado. Mal se podría explicar su vida y su obra a partir de hechos negativos aislados, como eso de contar que, cuando era niño, su papá le obligaba a salir al balcón en noches de tormenta, o que su mamá le pegaba. Esos son hechos coadyuvantes, pero no definitorios. La película carece totalmente de esa relación del personaje con su medio. Ni muestra su papel social y político, ni explica su proyecto.

Se podrá decir que el cine no cuenta historia sino que ofrece una narración con medios audiovisuales, con sus propias reglas y demandas. Pero cuando se incursiona en la historia se debe hacerlo con una base mínima y con una caracterización adecuada de los personajes. No soy experto en cine pero puedo citar, por ejemplo, dos películas biográficas de notables y controvertidos personajes que, sin dejar de recoger hechos y anécdotas, así como escenas enteramente ficticias, dan una visión de Tomás Moro y Oliverio Cromwell, como personas y al mismo tiempo como expresiones de

grupos sociales y de su entorno histórico. Me refiero al *Hombre de dos reinos* y *Cromwell*.

Los autores que trabajan sobre novela histórica y su carácter dicen que cuando se escribe sobre una realidad conocida no se debe cambiarla ni tergiversarla; que la creación artística cabe en aquellos momentos y aspectos donde no hay evidencia empírica de los hechos. De ese modo se logra recrear los ambientes, utilizando la creación literaria y empatándola con los hechos. Siguiendo a la novela, y a veces con contenidos que no están en ella, la película, además de deformar groseramente al personaje, atropella la verdad. Necesitaría unas cuantas páginas para precisar todos los errores, grandes y pequeños, así como las repetidas falsedades e interpretaciones sesgadas y simplificadoras que contiene. Unos pocos ejemplos podrían ilustrar la dimensión de lo afirmado.

La película se inicia con una escena grotesca del fusilamiento de un niño que, si bien tiene alguna base histórica, está francamente forzada. Por más libertad artística que pretendan los novelistas o directores, ¿está bien caracterizar de entrada al personaje como un lunático asesino a sangre fría de criaturas? García Moreno tenía ideas muy precisas sobre la represión y la ejercía con un sistema. No mataba por gusto. Lo hacía porque con ello creía que estaba cumpliendo una misión divina de imponer orden y progreso. Hay en su vida y su obra un sinnúmero de hechos que podrían ser magistralmente dramatizados para configurar esa imagen, pero simplemente ni la novela ni el filme los toma en cuenta. Deja la imagen de un gobernante irrecognocible. Hasta los aspectos de detalle son errados. Se debe recordar, por ejemplo, un rasgo destacable. García Moreno no solía vestirse de militar. Cuando lo hacía, y era rara vez, usaba uniforme de general y no el atuendo castrense con que aparece en el filme que es objeto de estas líneas.

Veamos algunos aspectos. Es verdad que tenía García Moreno una venganza con el general Ayarza, pero también es cierto que el veterano jefe militar formó parte de una conspiración. El que fuera condenado a muerte es del todo falso. Fue cruelmente azotado pero no murió en la cárcel sino en su casa a consecuencia de la brutal y humillante flagelación. El general Maldonado, otro opositor del controvertido gobernante, cayó preso en una hacienda de Balzar y no en la ciudad como se cuenta en el filme. Borja, que fue tan ferozmente perseguido, no era un muchacho, sino un político hecho y derecho que ya había sido gobernador de Pichincha. Cuando se produjo el terremoto de Ibarra en 1868, García Moreno no era presidente de la República. Tampoco lo era cuando murió Rosa Ascásubi, su mujer (con una más que sospechosa dosis excesiva de láudano) y se casó con Mariana del Alcázar, con quien, dicho sea de paso, tuvo un muy feliz matrimonio. La insurrección de Daquilema, que se mete allí como un pegote sin conexión

con la trama principal y con el carácter del régimen, fue en 1872, en la segunda administración, luego del terremoto y el matrimonio.

Entre las escenas que se introducen, por ejemplo, está una de un incidente con el general Flores cuando era presidente de la República. Allí solo queda claro un desaire del primer jefe del Estado al protagonista. Pero entre García Moreno y Flores hubo una relación humana y política intensa y muy relevante para nuestra historia, que el filme debía recoger en sus varias dimensiones y momentos, si de veras quería hacer conocer la realidad de entonces. García combatió a Flores, escribió periódicos y hasta trató de asesinarlo. Pero en 1860 se reconciliaron y fueron parte de la alianza que facilitó el régimen garciano. Me parece que la inclusión de Flores en la obra es un acto fallido y no explica nada. Si se quería mencionar esa reacción, asumiéndola como la lectura de cómo hasta los libros escolares lo sugiere, pudo ser uno de los ejes de la acción política de García Moreno.

Hay, desde luego, en el filme varias escenas que corresponden a la verdad histórica. Pero otras, me temo que la mayoría, la distorsionan o simplifican. El episodio del "cónsul" colombiano, por ejemplo, es una mezcla de simplezas y falsedades. Aunque parece que en efecto hubo una rivalidad por doña Virginia Klinger, con quien García Moreno tuvo un amorío, el conflicto se dio en el marco de una guerra con Colombia, con causas eminentemente políticas, que no aparecen ni de lejos en la obra. Todo reducido a un romance fracasado. Así no se explica la historia. A propósito, otro detalle. García Moreno no era de los que se salía de una reunión social por temor a enfrentar a la gente. Eso no pinta su verdadera personalidad.

El asesinato de García Moreno se esperaba fuera el tema central de la obra, no solo porque así lo sugiere su título, sino porque el crimen fue en verdad truculento. Pero, aparte de que no se ven sino fugaces tomas previas de los conspiradores, las escenas del hecho son muy cortas y confusas. Y no se desarrollan tal como las narraciones de la época la contaron. Hay bastantes de ellas que podrían haberse consultado. Está por demás decir que, aunque se ha repetido muchas veces, la versión de que García Moreno era amante de la mujer de Rayo es falsa. Si Rayo le tenía venganza era precisamente porque lo sacó de la gobernación del Oriente por una pelea con los misioneros y lo trajo a Quito, sin permitirle volver. Los conspiradores, cuya acción merecía un tratamiento más profundo, apenas aparecen como muchachos atufados, ni se los muestra insertos en la vida política de entonces, siguiendo a Montalvo. Parece que no tuvieron ni ideas ni propósitos.

Desde luego que hay algunos caracteres individuales bien logrados. Pero, otros, como ya lo he anotado en el caso de los conspiradores, son lamentables. Por ejemplo, el general Salazar, uno de los más notables personajes del siglo XIX, quien a mi juicio sí estuvo seriamente implicado en el

asesinato, aparece como un ordenanza de palacio, vestido siempre con un traje de salonero que le queda grande. En suma, lo que pudo ser una semblanza histórica de uno de los más grandes personajes de nuestra historia –y el más controvertido– termina siendo una secuencia de anécdotas que cuentan las venganzas personales de García Moreno, un enfermo mental que ejerce el poder fundamentalmente para consumarlas. Su muerte, uno de los crímenes políticos más importantes de nuestra historia, es vista desde una perspectiva simplista.

Si el filme solo fuera una visión equivocada de un hecho, no hubiera escrito este comentario. Pero, como ya lo dije, los que lo vieron pensaron que estaban viendo la narración de nuestra historia. Y eso me preocupa porque, como la mayoría de los historiadores e historiadoras de mi generación, y buena parte de los más jóvenes, nos hemos pasado años –décadas ya– tratando de que los estudios históricos fueran entendidos desde una perspectiva científica e integradora. Y precisamente uno de los temas que hemos logrado sacar del subjetivismo es la acción de Gabriel García Moreno. Pero un programa de Ecuavisa, con su prestigio y audiencia, con más influencia que todos los libros que hubiéramos podido escribir, ha hecho retroceder décadas de esfuerzos profesionales y progresistas. La inmensa mayoría de los televidentes quedaría con la idea de que nuestra historia se explica por odios y venganzas de los gobernantes antes que por procesos estructurales de fondo en que el pueblo es protagonista.

He hecho aquí énfasis en los aspectos que yo considero negativos, pero estoy de acuerdo con los que vieron el filme que también tiene positivos. Un notable uso de los escenarios de nuestro centro histórico, por ejemplo. Pero el contenido de la película y su mensaje, a mi manera de ver, no son cuestión de opiniones, de opciones interpretativas o de necesidad de recursos dramáticos para sostener una producción cinematográfica. Si se quiere hacer Historia, se debe respetar sus reglas y consultar a los profesionales de la Historia. Si la idea es adaptar novelas, buenas o malas, lo mínimo que se debe advertir a los televidentes es que van a ver una obra de ficción. Y aun en ese caso hay convenciones que deben respetarse sobre el rigor histórico. La novela histórica, como lo he insistido, tiene sus reglas, que no deben ser atropelladas en nombre de la libertad de creación literaria.

En este país en crisis hay verdadera necesidad de reconstituir nuestros referentes identitarios. La gente quiere saber de nuestra historia. Y es bueno que haya una empresa de televisión que quiera aportar producciones que tendrán enorme influencia. Pero, así como se ha hecho, el resultado es negativo. Podrá decirse que ya con haber creado la polémica es bastante. Yo diría que ese es un pobre consuelo, porque se pudo hacer un filme muchísimo mejor y aportar así al reencuentro de la identidad del Ecuador. Sería muy útil

que producciones que se presentan en la programación de Ecuavisa puedan luego ser usadas en el aula como apoyo de la enseñanza de Historia del Ecuador. Pero no creo que haya un maestro serio de cualquier orientación ideológica que quiera enseñar con ese producto.

Escribo esta nota no para echar tierra sobre un esfuerzo de producción nacional encomiable, sino para demandar que en los próximos proyectos referidos a nuestra historia, algunos de los cuales ya se anuncian en Ecuavisa, se preparen con participación de historiadores que conocen nuestro pasado y pueden aportar, tanto para ilustrar a los directores y productores en las cuestiones de fondo, como en detalles como el uso de vestidos, escenarios y otros. Obviamente, en mi caso personal, esta no es una solicitud de trabajo –mal que bien ya tengo uno– sino un genuino gesto de colaboración, hasta donde mis limitaciones lo permiten.

